La Nueva Reforma Una Teologìa màs Agradable

¿Es bíblica o es cultural?

Covenanter Collection

Escuche a algunos evangélicos y llegará a creer que el hombre no existe para beneficio de Dios, sino que Dios existe para beneficiar al hombre.
El hombre le dice a Dios cuándo quiere ser salvo, cuánta riqueza le gustaría tener, y hasta su propia versión de la teología.
El barro le está dando instrucciones al Alfarero.
Hemos venido observando tendencias en esta dirección por algún tiempo.
Muchos evangélicos han abandonado las doctrinas de la Reforma de carencia absoluta ante Dios, abandono a su gracia, sujeción de la voluntad humana a su señorío, y necesidad de que el hombre reciba la gracia soberana. Un compromiso genérico a Cristo se convierte en sustituto del arrepentimiento, y los sentimientos emocionales reemplazan a la adoración.
Estoy de acuerdo con Joe Bayly, quien escribió: «En nuestra cultura cristiana de "vamos a darle un aplauso a Dios", hemos perdido el sentido del asombro, de la admiración, de acercamos a un Dios Todopoderoso cuando oramos. Hasta nuestra adoración se ha vuelto narcisista.»
Un espíritu de acomodo se ha infiltrado en los púlpitos evangélicos de nuestra tierra. Algunas veces de manera obvia, otras sutil, pero siempre peligrosa, gran parte de la predicación actual está moldeada por la cultura de nuestros días. Se retuerce la Biblia para hacer que se acomode a la cultura en vez de cambiarla.

Una nueva teología

No sé en qué momento estas tendencias recibieron su mayor impulso, pero sé que Robert Schuller articuló una aproximación centrada en el hombre a la teología evangélica en su libro *Self-Esteem—The New Reformation* (Autoestima: la nueva Reforma). Aunque para Calvino y Lutero era normal pensar en términos teocéntricos, ya que en su época todo el mundo estaba en la iglesia, Schuller dice que los tiempos han cambiado: «Lo que necesitamos es una teología de la salvación que comience y termine con un reconocimiento del hambre de gloria que tiene cada persona».[21]
El pecado, tradicionalmente considerado como en contra de Dios, ahora se define como opuesto al hombre: «cualquier acto o pensamiento que me despoja a mí o a cualquier otro ser humano de su autoestima».[22]
Las diferencias entre la Reforma del siglo dieciséis y esta nueva reforma son obvias. Atrás quedó la idea de que el objetivo más alto de una persona sea el conocimiento de Dios; en la teología de ahora el primer artículo en el orden del día es tener un conocimiento de nosotros mismos y de la necesidad que tenemos de respetamos a nosotros mismos.
Dios no es tanto un juez que ha sido ofendido, como un siervo a la espera de que afirmemos nuestra dignidad. Acudimos a Él sobre el fundamento de nuestra propia dignidad y valor, no por medio de la sangre de Cristo.
¿Cómo entonces, hemos de presentar este evangelio? Schuller dice que Cristo nunca llamó a nadie pecador. «El mensaje del Evangelio no es solamente inexacto, sino potencialmente peligroso si tiene que envilecer a una persona antes de intentar levantar,»[23] afirma. En efecto, nos ponemos frente a Dios para ser exaltados, no avasallados.
Así que básicamente, esta reforma es un nuevo llamado a interesarnos más en nosotros mismos que en Dios, y resulta que mientras el hombre se exalta, Dios es destronado.
Pero no creamos que el libro de Schuller es un caso aislado de humanismo cristiano. El hecho de que algunos supuestos evangélicos aceptan esta nueva reforma es prueba suficiente de que una teología centrada en el hombre se ha infiltrado a grandes niveles. Temo que todos nosotros hemos sido afectados.

El funcionamiento exterior de esa visión de la teología puede evidenciarse en la manera en que algunos ministros han aceptado el feminismo evangélico, para lo cual hacen uso de una gran erudición para poner de lado la clara enseñanza bíblica sobre el liderazgo masculino en nuestros hogares e iglesias. No hay que dudar que muchos argumentos a favor del igualitarismo se alimentan más del espíritu de nuestros tiempos que de las Escrituras.

El arminianismo radical, con su énfasis en el libre albedrío y la noción no bíblica de que ni siquiera Dios conoce el futuro (y por tanto, ¡ni siquiera sabe quiénes son los escogidos!), es poco más que un mero acomodo a la teología antropocéntrica de nuestros tiempos. Un ministro de una denominación evangélica fiel al arminianismo de moda, leyó desde su pulpito Juan 3:16 en la siguiente manera: «Dios amó tanto al mundo que *apostó* a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda...» (énfasis añadido). También dijo que pudo haber muerto sin salvar a nadie, que Dios solamente había corrido un riesgo y que no tenía ni idea que alguien estuviera dispuesto a creer.

Es lamentable que el liderazgo de la iglesia no se hubiera pronunciado para censurarlo. Me gustaría pensar que incluso los arminianos más viejos estarían de acuerdo en que estaba predicando una herejía. Pero ahora soplan nuevos vientos, y muchos evangélicos están ajustando sus velas para atrapar la brisa. Dios está siendo remodelado, lo están creando a nuestra propia imagen y semejanza.

Las consecuencias

¿Cuáles son las consecuencias de tal modo de pensar? Primero, *la teología misma se vuelve relativa.* A mayor o menor grado, la teología misma se basa en una encuesta de opinión. Hombres tales como Schuller saben que la gente quiere escuchar algo positivo, así que eso es lo que les ofrecen. El pastor de una de las iglesias más grandes e innovadoras de Estados Unidos, dice que no puede predicar sobre la santidad porque a nadie le interesa. Para alcanzar a los que no se congregan, todos los mensajes deben conformarse a este precepto básico: ayudarles a ver el beneficio inmediato que el cristianismo puede representar para ellos.

¿Puede imaginar a Isaías preguntándole al pueblo de Judá qué les gustaría escuchar antes de preparar su sermón? ¿O a Cristo adaptando su mensaje para que se ajustara al hambre de gloria personal que tenían los fariseos?

Es fácil reconocer los extremos, pero como pastores también deberíamos declararnos culpables por predicar lo popular antes que lo verdadero. Algunas veces le damos vueltas a la disciplina en la iglesia, las pautas bíblicas para el liderazgo de la iglesia, y la denuncia del materialismo presente en las Escrituras, por temor a zarandear el bote eclesiástico. ¿Para qué ganarse de enemigos a los que pagan su salario? Un toque de corneta puede ser una irritación mal recibida por los que se relajan en Sion.

Muchos pastores que estarían dispuestos a morir por la doctrina de la infalibilidad de las Escrituras, nunca predican sobre la doctrina del infierno. No hay duda de que muchos pastores que profesan lealtad a las Escrituras ya no creen en el castigo eterno, sino que han adoptado la teoría del aniquilamiento; ahora creen que los inconversos serán arrojados a las llamas para ser consumidos. Aparentemente este castigo más suave y llevadero no se basa en una nueva y detallada consideración de las Escrituras, sino en nuestra natural aversión hacia la doctrina del infierno.

Qué fácil es reemplazar el «así dice el Señor» con «así dice la psicología », o «así dice la junta de la iglesia», o inclusive «así dice la sociedad ». Los pastores son llamados por Dios para mantener su posición

aparte frente a la sociedad, para predicar la Palabra de Dios sin importar que sea lo que la gente quiere o no escuchar. La absoluta justicia, misericordia y amor de Dios, así como la expiación substitutiva de Cristo, nunca pueden ser menoscabados para acomodarse a la psicología actual. No podemos criticar el relativismo del mundo cuando tenemos el nuestro propio. La buena predicación acerca la precaria y confusa situación del hombre a la invariable gracia de Dios.

En segundo lugar, *teología centrada en el hombre conduce a un arrepentimiento incompleto.* ¿Cuál es la base sobre la cual nos acercamos a Dios, nuestro valor intrínseco como personas, o el sacrificio de Cristo en la cruz?

Para el humanista cristiano, el pecado del hombre no es una ofensa contra Dios más que una ofensa contra el hombre mismo. Dado que somos incondicionalmente valiosos, Dios está a la espera de aceptamos. La premisa consiste en que Él nos debe algo, así que no nos acercamos inmerecidamente sino como pecadores que merecen algo.

Cuán diferente es la enseñanza de la Biblia. Sí, contamos con una dignidad como personas, pero debido a que nos hemos corrompido, Dios no nos debe nada. Si obtuviéramos lo que merecemos, iríamos al infierno para siempre. Así que nos acercamos con humildad, reconociendo que si Dios nos concede algo es un regalo, un favor inmerecido. Y la base sobre la cual venimos es la sangre de Cristo, no nuestro valor como personas.

He descubierto que el arrepentimiento incompleto conduce con frecuencia a un resentimiento contra Dios. La lógica es obvia: si Dios existe para mi beneficio, ¿qué va a pasar si mi «hambre de gloria» sigue insatisfecha? ¿Por qué Dios no viene en mi rescate para ayudarme a convertirme en el ser humano realizado que deseo llegar a ser?

Los humanos se hacen notar por insistir tanto en sus «derechos». Si no nos vemos a nosotros mismos como pecadores que no merecen nada, nos enfadaremos cuando Dios no haga lo que consideramos que debería hacer. Finalmente, los que están dispuestos a rendirse ante la soberanía de Dios son aquellos que resultan satisfechos.

Inicialmente, Job sintió que Dios le debía bendiciones. Él creía que si servía a Dios fielmente, las bendiciones deberían llegar. Cuando golpeó la tragedia, su esposa le hizo la sugerencia: «Maldice a Dios, y muérete» (Job 2:9). Ella consideraba que Dios tenía el deber de darles la felicidad, y si no podía cumplir con ellos entonces que así fuera. Pero al final del libro, Job tuvo un completo arrepentimiento. Dios no le debía nada, ni siquiera una explicación de su sufrimiento. Cuando él vio a Dios, se aborreció a sí mismo y dijo: «Me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6).

Nadie se arrepiente a no ser que pueda verse a sí mismo como no merecedor. Si yo fuera digno de la bendición de Dios, la gracia quedaría sin valor. Es su aceptación de nosotros a pesar de nuestra corrupción lo que magnifica su gracia. No le estamos haciendo ningún favor a nuestros feligreses al exaltarlos a expensas de Dios.

En tercer lugar, *nuestra aguada teología diluye nuestro impacto en la sociedad.* Todos conocemos el resurgimiento del cristianismo evangélico en los últimos veinte años, pero nuestra influencia no se hace sentir ampliamente. Como he mencionado aquí en alguna parte, la religión va en ascenso, pero la moralidad baja más y más.

Recientemente, escuché un informe según el cual los hábitos para ver televisión de cristianos y no cristianos son prácticamente los mismos. Los nuevos intentos para clasificar programas de televisión y ofrecer incentivos para mejores contenidos, han fallado en gran parte. En nuestro deseo de ser escuchados por el mundo, hemos perdido nuestra motivación

para separamos de él. Ahora nuestro testimonio de Cristo les suena hueco.
¿No podría buscarse el origen de nuestra impotencia en una visión exagerada de las capacidades humanas en detrimento de la soberanía de Dios? Una razón por la que Juan Calvino, John Knox y George Whitefield tuvieron una influencia tan profunda, es que insistieron en que el corazón humano se encuentra en un estado de total corrupción fuera de la intervención de la gracia de Dios.

Tal predicación confrontaba a hombres y mujeres con sus necesidades. Los pecadores clamaban a Dios por misericordia para que no fueran consumidos por su ira. La conversión no era una decisión tomada plácidamente, sino que las personas buscaban a Dios para procurar «hacer firme [su] vocación y elección» (2 P. 1:10).

Alguien ha dicho que las marcas de una iglesia fuerte son ojos llorosos, rodillas dobladas, y un corazón quebrantado. Nunca vamos a ser poderosos, hasta que hayamos dejado que Dios sea Dios y defendamos celosamente su honra.

Nuestra responsabilidad

¿Cómo podemos obstaculizar la corriente hacia una comprensión antropocéntrica de la teología? Sería sabio y prudente que dejemos de lado la nueva reforma y regresemos a la antigua. No rehuyamos predicar las poco populares doctrinas de Pablo, la absoluta carencia del hombre y la muerte espiritual de los inconversos.

La verdad es la verdad, en tanto que las verdades a medias a menudo hacen tanto daño como el error. Por favor, no interprete esta posición como si implicara que debamos denunciar coléricamente el pecado desde un pedestal de justicia propia. Sino que la predicación es toda y sola la Escritura y nada se le ha de añadir ni en formas ni en conceptos.
No deberíamos sonrojamos por admitir con Lutero y Calvino que el arrepentimiento es un regalo de Dios que se otorga a los que se abandonan a su misericordia. La adoración de Dios es el más sublime llamado del hombre. Sin duda, la creación existe para su propio deleite. Este énfasis tradicional nos lleva a entendemos a nosotros mismos. Lejos de despojamos de dignidad, esa exaltación de Dios nos ayuda a vemos como Él mismo nos ve.
El rey Nabucodonosor se veía a sí mismo como los humanistas cristianos lo recomendarían en la actualidad: tenía confianza en sí mismo, autoestima, y aparentemente, una personalidad muy bien integrada. Era un pensador positivo cuyos grandiosos planes fueron realizados. «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (Dn. 4:30). Su hambre de gloria estaba saciada.

La respuesta de Dios fue disciplinarlo con locura. Nabucodonosor vivió con las bestias del campo y comía hierba como el ganado. Su pelo creció como plumas de águila y sus uñas eran como las garras de un pájaro. Esa experiencia lo liberó de mantener una visión distorsionada de sí mismo. Cuando finalmente pudo verse tal y como era ante Dios, le fueron devueltas su cordura y su posición como rey.
Entonces él bendijo a Dios y ofreció esta alabanza:
Bendije al Altísimo,

Y alabé y glorifiqué al que vive para siempre,
Y cuyo dominio es sempiterno,
Y su reino por todas las edades.
Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada;
Y Él hace según su voluntad en el ejército del cielo,
Y en los habitantes de la tierra
Y no hay quien detenga su mano,
y le diga: ¿Qué haces?
(Dn. 4:34-35)
De ahí en adelante, Dios lo bendijo, porque él ya sabía que era el barro y que Dios era el Alfarero. Nabucodonosor entendió que Dios tiene el primer lugar en la teología. En nuestro desliz hacia la preocupación narcisista en nosotros mismos en lugar de Dios, esta es una verdad que necesitamos reafirmar.

Contra Las Ficciones de la Nueva Reforma. / Una Teologìa màs Agradable /Lutzer.